



EL COMPLEJO E INACABADO ENTRAMADO DE LAS REPRESENTACIONES JUVENILES

Angélica María Fabila Echaury

angelifa@hotmail.com

Flor de Líz Pérez Morales

flordelizp@hotmail.com

Rosaura Castillo Guzmán

jamoncastillo@hotmail.com

Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

Resumen

Los jóvenes como individuos o como colectividades, depositarios de expectativas y apuestas- tanto personales, familiares e institucionales- se constituyen en objeto de estudio y reflexión de amplio espectro, por la policromía de sus expresiones y la singularidad de formas con las que se hacen presentes en el mundo y la exploración de los sentidos con que construyen sus realidades. En este contexto, la teoría y la puesta metodológica de las representaciones sociales ofrece vías transitables para acceder a estos entramados de sentido e interpretación, que demandan categorías particulares al tocar el mundo de los jóvenes en razón de las condiciones y particularidades que los describen.

Bajo esa premisa, el mapa que aquí se bosqueja es un itinerario con algunas paradas categoriales que se desprenden de asociaciones particulares entre los aportes teóricos de las representaciones sociales y sus encuentros con las comunidades juveniles como objeto de estudio. Emergen de este encuentro hasta ahora tres categorías que apuntalan a la comprensión de la complejidad que representa abordar las representaciones juveniles, a las que denominamos: *Identidades juveniles, sistemas percibidos y prácticas sociales juveniles.*



Palabras clave: representaciones sociales, jóvenes, identidades juveniles, prácticas sociales juveniles, sistemas percibidos.

Abstract

Young people considered either as individuals or as collectivities, repositories of expectations and challenges on personal, familiar or institutional grounds, are constituted as subjects of study and reflection from a wide spectrum due to the polychromy of their expressions, the unique way they face the world, and the exploration of the senses they use to construe their realities. In this context, the social representation theory provides the theoretical and methodological road to access to these networks of senses and interpretation. When in contact with the world of young people, these networks demand specific categories because of the conditions and the particularities that describe young people’s nature.

With this assumption, the map hereby outlined is an itinerary with some categorical stops detached from particular associations between the contributions of the social representation theory and its use with youth communities as subjects of study. Three categories emerge so far that can help in understanding how complex it is to tackle the youth representations we refer to as: *youth identities, perceived systems and youth social practices*.

Key words: social representation theory; young people; youth identities, youth social practices, perceived systems.





EL COMPLEJO E INACABADO ENTRAMADO DE LAS REPRESENTACIONES JUVENILES

Angélica María Fabila Echauri

angelifa@hotmail.com

Flor de Líz Pérez Morales

flordelizp@hotmail.com

Rosaura Castillo Guzmán

jamoncastillo@hotmail.com

I. Introducción: presentación de activos conceptuales

Para tomar contacto y relacionarse con el mundo los individuos y los grupos despliegan una actividad mental constante que tiene como base elemental los cinco sentidos. Sin embargo, la percepción de estímulos y sensaciones, no se almacena en la mente de manera fotográfica, autónoma o aislada, por el contrario se articula con otras percepciones y se conforma en una imagen gracias a procesos cognitivos y a las interacciones lingüística y social.

En la construcción de imágenes pueden distinguirse dos procesos concatenados: la percepción, con la cual se generan sensaciones en respuesta a un estímulo y la cognición, en la que el sujeto es “activo” ya que de modo consciente o de modo inconsciente construye imágenes, es decir, realiza una operación mental sobre lo recibido y almacena el resultado de esa operación (Raiter, 2001). Este conjunto de imágenes, son representaciones del mundo, es decir sustituyen al mundo, pero no son el mundo, y se constituyen en las creencias del sujeto sobre el mundo y frecuentemente sobre ellas que finca su actuar.

Las representaciones que los individuos tienen del mundo son por tanto vías indicadas para la comprensión de las significaciones y sentidos con los que los sujetos y los



grupos construyen una realidad compleja, en la que convergen tanto la acción particular como su performance en la acción social.

Los jóvenes como individuos o como colectividades, depositarios de expectativas y apuestas -tanto personales, familiares e institucionales-, se constituyen en objeto de estudio y reflexión de amplio espectro, por la policromía de sus expresiones y la singularidad de formas con las que se hacen presentes en el mundo y la exploración de los sentidos con que construyen sus realidades. En este contexto, la teoría y la puesta metodológica de las representaciones sociales ofrece vías transitables para acceder a estos entramados de sentido e interpretación, que demandan categorías particulares al tocar el mundo de los jóvenes en razón de las condiciones y particularidades que los describen.

Bajo esa premisa el mapa que aquí se bosqueja es un itinerario con algunas paradas categoriales que se desprenden de asociaciones particulares entre los aportes teóricos de las representaciones sociales y sus encuentros con las comunidades juveniles como objeto de estudio. Emergen de este encuentro hasta ahora tres categorías que apuntalan a la comprensión de la complejidad que representa abordar las representaciones juveniles, a las que denominamos: *Identidades juveniles, sistemas percibidos y prácticas sociales juveniles*.

El bosquejo de los rasgos característicos de las categorías que proponemos hallan su mejor fundamento en las necesidades y dilemas de los presupuestos de la investigación sobre los jóvenes en dos escenarios singulares: el de la política y la tecnología.

La necesidad de comprender al hombre en un marco donde la singularidad de los sujetos juveniles define ámbitos complejos, de donde emergen interrogantes que buscan respuestas. Algunas de estas líneas toman su rumbo en la convergencia de la acción social y política, vínculo que para el caso toma su mejor anclaje en las prácticas tecnológicas.





Adentrarse al mundo político de los jóvenes es entrar a un mundo articulado bajo sus propias reglas y funciones, o como bien menciona Lizarazo a un fenómeno de la cultura, “el de las estructuras de sentido o las redes simbólicas compartidas, problematizadas, elaboradas por una o varias comunidades. (Lizarazo 2013).

La travesía ensayística aquí planteada esboza su rumbo inicial en una ruta singular asociada al *imaginario*, a los *jóvenes* y a la *ciudadanía*, intersticios que en el texto se abren mínimamente para comprender los escenarios sociales actuales y que definen un tamiz de enfoque teórico: *las representaciones sociales (RS)*, sobre la que se construyen las rutas conceptuales que pretenden comenzar a delinear su propio camino en el marco de las representaciones juveniles.

Las discusiones que integran este ensayo se conducen en base a tres aspectos: el encuentro con los rasgos y discusiones que han dado forma a la teoría de las representaciones sociales; la búsqueda de una aproximación conceptual de las representaciones juveniles, y finalmente los aportes que a partir de las categorías construidas para el análisis de las colectividades juveniles abonan elementos para el debate.

De ninguna manera el trazo aquí expuesto excluye otras categorizaciones, paradas necesarias que hacen próspero el paisaje teórico. Parafraseando a Michel Foucault [...] las condiciones de espiritualidad, el camino y el método para llegar a la verdad, tienen numerosas superficies de contactos, numerosos puntos de roce, numerosas formas de interrogación (Foucault 2008).

II. Representaciones Sociales, de la noción a la teoría.

Las imágenes o representaciones se ubican en la encrucijada entre lo individual y lo social. Emile Durkheim, uno de los pioneros en trabajar la noción de representación, ya distinguía la dualidad de las representaciones en sus planteamientos sobre la construcción social de la realidad. Al acuñar el concepto de *representaciones colectivas*,





con el que designó a estas producciones mentales sociales, el sociólogo francés establece la diferencia entre el fenómeno psíquico y el hecho social que les conforman e interactúan.

Durkehim explica que la conciencia colectiva no pertenece al mismo orden de la conciencia individual: “Las formas que revisten los estados colectivos al refractarse en los individuos son realidades de otra especie, (...) representaciones de otra clase, resultado de la vida común que expresan la reflexión del colectivo respecto a los objetos que le rodean. De ese proceso de reflexión colectivo emergen las concepciones religiosas, los mitos y las creencias —las representaciones colectivas— comunes a los individuos de una sociedad” (Durkheim, 1988 [1895]). De acuerdo con Durkheim, las representaciones colectivas se imponen a las personas con fuerza constrictiva, ya que parecen poseer ante sus ojos, la misma objetividad y el peso que las cosas naturales.

La noción de representaciones sociales acuñada por Moscovici en 1961 es un concepto clave para en la explicación del pensamiento social y más aún, de la construcción social de la realidad; esta idea ha pasado, de acuerdo con la valoración de Araya (2002), de una noción, al desarrollo de una teoría que constituye una valiosa herramienta para las ciencias sociales, ya que “ofrece un enfoque para el marco explicativo de los comportamientos de las personas que no se circunscribe a las circunstancias particulares de la interacción, sino que trasciende al marco cultural y a las estructuras sociales más amplias” (Araya, 2002).

En la aproximación inaugural elaborada por Moscovici sobre las representaciones sociales el autor las describe como: “una modalidad particular del conocimiento, cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos (...) La representación es un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios, liberan los poderes de su imaginación” (Moscovici, 1979).





Con esta idea el autor bosqueja algunos de los entramados que estos sistemas cognitivos tienen: uno elemental, ya acusado por Durkheim, es la coexistencia de lo individual y lo social en su construcción. Sin embargo, para Moscovici la sociedad no es algo que se le impone mediante la fuerza al individuo, las representaciones sociales no son estables ni homogéneas, por el contrario los hechos sociales y los individuales interactúan a partir de la comunicación, que permite que algo individual pueda devenir en social o viceversa.

León (2002) lo explica así: “... las representaciones sociales -para Moscovici- no son sólo productos mentales sino que son construcciones simbólicas que se crean y recrean en el curso de las interacciones sociales; no tienen un carácter estático ni determinan inexorablemente las representaciones individuales. Son definidas como maneras específicas de entender y comunicar la realidad e influyen a la vez que son determinadas por las personas a través de sus interacciones”. (León, 2002)

Así pues las representaciones sociales en la óptica de Moscovici son al mismo tiempo generadas y adquiridas, lo que cuestiona el carácter estático y preestablecido sugerido por la visión clásica y revaloriza el papel de las interacciones. Otros entramados en torno a las representaciones sociales en Moscovici es que poseen una lógica y lenguaje propio. No representan simples opiniones, imágenes o actitudes en relación a algún objeto, sino teorías y áreas de conocimiento para el descubrimiento y organización de la realidad. “Un sistema de valores, ideas y prácticas con una doble función; primero, establecer un orden que le permita a los individuos orientarse en un mundo material y social y dominarlo; y segundo permitir la comunicación entre los miembros de una comunidad al proveerlos con un código para el intercambio social y para nombrar y clasificar sin ambigüedades aspectos de su mundo y de su historia individual y grupal” (Materán, 2008).

Así, estas formas de pensar y crear la realidad social están constituidas por elementos de carácter simbólico, ya que no son sólo formas de adquirir y reproducir el conocimiento,



sino que tienen la capacidad de dotar de sentido a la realidad social e incluso marcan pautas para la interpretación y la acción. Su finalidad es la de transformar lo desconocido en algo familiar. La implicación y proyección de las representaciones sociales como guías de comportamiento para los individuos y sociedades, ha representado uno de los aspectos que ha convocado el interés de diversos estudios para abonar a la constitución de la embrionaria teoría sobre las representaciones sociales.

Por su parte, Denise Jodelet, una de las autoras mayormente reconocidas en la continuidad de los estudios y aportaciones en torno a la formulación de la teoría de las representaciones sociales señala que la pretensión de desentrañar la noción de representaciones sociales nos sitúa en el punto donde se intersectan lo psicológico y lo social y donde operan también el saber de sentido común. Las representaciones sociales -advirtió la autora- se presentan bajo variadas formas más o menos complejas. Imágenes que condensan un conjunto de significados; sistemas de referencias que nos permiten interpretar lo que sucede y dar sentido incluso a lo inesperado; categorías que sirven para clasificar circunstancias, fenómenos e individuos y teorías que permiten establecer hechos sobre las cosas y las personas, “las representaciones sociales son todo ello junto”, es decir son:

[...]la manera en que nosotros sujetos sociales, aprehendemos los acontecimientos de la vida diaria, las características de nuestro medio ambiente, las informaciones que en él circulan, a las personas de nuestro entorno próximo o lejano. En pocas palabras el conocimiento “espontáneo”, ingenuo [...] que habitualmente se denomina conocimiento de sentido común o bien pensamiento natural por oposición al pensamiento científico. Este conocimiento se constituye a partir de nuestras experiencias, pero también de las informaciones, conocimientos y modelos de pensamiento que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación y la comunicación social. De este

modo, ese conocimiento es en muchos aspectos un conocimiento socialmente elaborado y compartido. (Jodelet, 1984).

Jean-Claude Abric, otro reconocido estudioso de la representaciones sociales en Francia, retomando las aportaciones de Moscovici y Jodelet las define como

[...] una visión funcional del mundo que permite al individuo o al grupo conferir sentido a sus conductas, y entender la realidad mediante su propio sistema de referencias y adaptar y definir de este modo un lugar para sí. [...] Es a la vez producto y proceso de una actividad mental por la que un individuo o un grupo reconstituyen la realidad que enfrenta y le atribuye una significación específica. La representación no es así un simple reflejo de la realidad, sino una organización significativa. (Abric, 2001)

Denis Jodelet (1984) al tratar de describir cómo la noción de representaciones sociales se encamina a devenir en teoría, explica que en la ciencia recurrentemente primero aparece el concepto, que dice lo que es; luego se observa como está hecho y lo que hace. Lo que excede a la noción y reclama adelantar una teoría, aunque sea embrionaria que esboce una explicación del fenómeno estudiado. De acuerdo con esta lógica, la noción de representaciones sociales es acompañada con una inacabada teoría sobre cómo se forman y lo que hacen las representaciones sociales.

- *Formación de las RS*

Como se ha expresado en los párrafos que anteceden, las representaciones sociales son producto de un proceso complejo de formación en el que siempre se puede distinguir un contenido (informaciones, imágenes, opiniones, actitudes, juicios), relacionados con un objeto (cosa, acontecimiento, situación, etc.) y un sujeto (individuo, o grupo de individuos) en el que se constituye la representación social en función de la interrelación de ese alguien (sujeto) con ese algo (objeto). Relación en la que se ponen en juego diversas dimensiones que son explicadas por Jodelet a partir de lo que denomina tres



esferas en constante proceso de interacción donde se generan negociaciones de sentido y a partir de las que se resignifican las experiencias y las vivencias de los actores sociales: *la subjetividad, la intersubjetividad y la trans-subjetividad* (Jodelet, 2008).

La noción de *subjetividad* refiere a los procesos que operan a nivel de los mismos individuos, es decir, los procesos por los cuales el sujeto se apropia de, y construye tales representaciones, que pueden ser de naturaleza cognitiva y emocional y dependen de la experiencia en el mundo de vida” (Jodelet, 2008).

Por otra parte, en relación a las esferas de la *intersubjetividad y trans-subjetividad*, es elemental considerar que los sujetos deben ser concebidos no como individuos aislados, sino como actores sociales activos, implicados y atravesados por los diferentes aspectos de la vida cotidiana que se desarrolla en un contexto de interacción con otros (intersubjetividad) y de inscripción o pertenecía (trans-subjetividad). Estos dos tipos de procesos (interacción e inscripción) son caracterizados por la autora en los siguientes términos: Las tres esferas constituyen el ecosistema de significación de los individuos sobre el cual elaboran sus pensamientos y se conforman en estructuras a partir de las que se interpreta la realidad, pero a su vez intervienen en la conformación y transformación de la misma como resultado del actuar del sujeto. (Jodelet 2008).

- *Las funciones de las RS*

La cercanía de las representaciones sociales con la construcción e integración de percepciones del mundo en los individuos deviene en cuatro funciones que Sandoval (1997) resume en: comprensión, valoración; comunicación y actuación; en suma éstas ilustran la relevancia de las representaciones sociales en la relación activa del individuo con el mundo.

- La comprensión, es la función que posibilita pensar el mundo y sus relaciones.
- La valoración, permite calificar o enjuiciar hechos, objetos sujetos, personas.





- La comunicación, es la función a partir de la cual las personas interactúan, negocian, modifican crean y recrean los significados en un proceso dinámico de intercambios.
- Finalmente, la actuación, función a la que se le atribuye el trabajo que las representaciones sociales ejercen en proceder y el actuar de los individuos eventos las personas y conceptos.

Las representaciones sociales, que fundan los entramados que las personas requieren para comprender, evaluar, comunicar y actuar en el mundo social, sugieren, como se ha descrito antes, dos componentes: una dinámica de formación, es decir un proceso entendido como la forma particular de adquirir, negociar y comunicar conocimientos, en palabras de Villarroel (2007) un proceso de reconstrucción mental de la realidad; e inherente a este proceso, un contenido, o conocimiento específico, esto es una forma particular del conocimiento que incorpora un universo de informaciones, ideas y creencias en el que se distinguen, según explica Araya (2002), tres dimensiones: *la actitud, la información y el campo de representación.*

Estas tres dimensiones aluden a la estructura o composición del contenido de la representación social y dan consistencia al significado con el que es incorporada a los esquemas de percepción y representación de cada individuo.

Estas primeras nociones sobre RS permiten dimensionar la relevancia de explorar concepciones que pueden ser determinantes en las prácticas de los individuos en una sociedad, como es el caso de las comunidades juveniles, cuyos marcos de acción social no solo se forma y compromete de manera diversas en los individuos de acuerdo con sus experiencias y grupos de interacción y pertenencia sino condiciona, rige o en causa sus comportamientos y desempeños que dan sentido a esa condición de identidad atribuida.

El desentrañamiento de la condición juvenil a través de las representaciones sociales se da con el acercamiento a la ciudadanía y al uso de redes sociales para intervenir en





asuntos de la esfera pública, ambas condiciones nos provee de puntos de reflexión sobre las maneras que significan al mundo y se asumen en él. Esto es, el conocimiento socialmente elaborado y compartido sobre lo que significa e implica ser un joven ciudadano, se constituirá en el artífice de la comprensión y la explicación de los hechos e ideas que pueblan el universo de los jóvenes para develar las guías de su actuar como ciudadanos. Un pensamiento práctico que al manifestarse en acciones, participará a su vez de la construcción social de ciudadanía característica de un determinado grupo y época.

En este sentido es clave reconocer que la tecnología y especialmente las redes sociales, han modificado las prácticas sociales de los sectores juveniles y con ello las prácticas políticas, lo que implica el propio ejercicio de su ciudadanía, lo que también entra en este territorio. La naturaleza de este evento inicia su comprensión como expresión, organización y resistencia de una comunidad particular que demanda sus propios diálogos, se sitúan en ella individuos que portan sus propios estatutos, pero también están asociados a un carácter social.

III. Representaciones juveniles: hacia una construcción conceptual.

Sobre este terreno de las representaciones se coloca a los jóvenes ciudadanos y es sobre ese rastro en el tiempo que se intenta revivir lo pasado. En la experiencia acumulada hay una búsqueda por emular lo vivido y con ello edificar la historia del presente. Esa historia que se rastrea en lo existido. Hay en los jóvenes experiencias que se almacenan desde las percepciones de sus historias vividas y acciones realizadas. Las huellas quedan frotando en la superficie para emerger en otras superficies.

Esa huella es rastrada en la concepción de imaginario, que en los pasos de Castoriadis delinea aproximaciones que puntean hacia esa parte que él denomina realidad y racionalidad, es decir, hacia la obra del imaginario. El punto de partida está en tratar de acercarse a la concreción del imaginario, a la imagen puesta en la mirada de los otros,





es decir, a la contemplación o lectura de las imágenes de un mundo social que deja huellas.

La experiencia humana es todo un universo de ideas que flotan de forma natural en la vida que explica al hombre en el tiempo transcurrido. Su historia es la historia personal y la de otros; trazos que hacen nudos o que se deshilvanan cuando se extraen de la memoria. En ese tejido es imposible negarse a entender la distancia que principia el tiempo y que se intenta recuperar en los recuerdos. “La imaginación y la memoria poseen como rasgo común la presencia de lo ausente y, como rasgo diferencial, por un lado, la suspensión de cualquier posición de realidad y la visión de lo irreal, y, por otro, la posición de una realidad anterior” (Ricoeur 1996).

Entrar en los terrenos de la imagen es adentrarse a superficies bastantes sinuosas, frágiles en la nomenclatura de sus derivaciones conceptuales. Es justamente ahí donde se encuentra el concepto de imaginario, que como su raíz lo indica, apela esencialmente a imago, como a la representación o apariencia visual.

Sobre una explicación más filosófica del juego de la imagen en la vida, Cornelius Castoriadis brinda comprensión a eso cuando dice que:

Lo imaginario no es a partir de la imagen en el espejo o en la mirada del otro. Más bien, el <<espejo>> y su posibilidad, y el otro como espejo, son obras de los imaginario, que es creación ex nihilo [...] Lo imaginario del que hablo no es imagen de. Es creación incesante y esencialmente indeterminada (histórico-social y psíquica) de figuras/ formas/imágenes, a partir de las cuales solamente puede tratarse de <<alguna cosa>>. Lo que llamamos <<realidad>> y <<racionalidad>> son obra de ellos (Castoriadis 2013).

La apuesta conceptual de Castoriadis pareciera ser simple, pero en ella se detonan aspectos complejos de comprensión. Sus ángulos de discusión se aventuran de muchas formas que van del inconsciente a lo consciente, o de lo ficticio a lo simbólico.





Aventurarse pues a su estudio atiende en primera instancia no solo su configuración de ausencia-presencia, sino también su tránsito social. En él confluye la utopía y lo real, el tiempo que implica a la historia, pero paralelamente a su relación con otros sujetos y sus contextos.

Al resguardo de esas imágenes están las particularidades del joven que se vincula en su espacio y tiempo para producir acciones que fundamentan su movimiento en la propiedad de las imágenes que alberga.

En el ir y venir de tales imágenes se configura el acto, cuya base está asentada en la construcción de sentidos. Ahí, dice Griselda Gutiérrez Castañeda, “se diseñan tanto las formaciones lingüísticas como las no lingüísticas, tales como pautas de inteligibilidad, codificaciones de conductas, formas institucionales, estructuración de condiciones técnicas y materiales reproducción de vida, así como los dispositivos para vehicular valores y aspiraciones, o dispositivos narrativos y/o rituales compensatorios para amortiguar la incertidumbre y el miedo” (Gutiérrez, 2009).

Esas representaciones del imaginario conllevan también dos dimensiones del tiempo que se conjuntan en mismo punto, que se notifican así mismos de lo que son; un pasado real y un pasado irreal expresado en un presente. En palabras de Ricoeur “no se trata, en absoluto, de negar la ausencia de simetría entre pasado <<real>>, el problema está justamente en mostrar de qué modo, único en género, lo imaginario se incorpora a la perspectiva del haber-sido, sin debilitar su perspectiva realista (Ricoeur, 1996). Estas dimensiones del tiempo se tornan relevantes cuando los actores sociales se colocan en un pasado que buscará su propia expresión en la emulación de lo que fue vivido y de la forma en que quiere ser contado.

La concepción de política y ciudadanía se adhiere así al orden de lo social instituyente, y por ende al orden de lo simbólico social desde donde se ordena la realidad y desde donde se estructura discursivamente el mundo. En tal orden de discursividad apunta Gutiérrez: “lo relevante es que le restituye un lugar a la política, intenta concebirla en





un sentido amplio, multidimensional en el que lo mismo se pueda pesar su dimensión de técnica social, que su dimensión interactiva y de producción simbólica, y todo esto sobre la premisa de su carácter conflictivo, lo cual permite abordar con otro cariz el tema de la constitución de los sujetos políticos y el significado de la participación política” (Gutiérrez, 2009).

Justo en este último punto se vislumbra al joven como un actor político que acciona en relación a sus ideas. Se trata pues de entender, a partir de estas conexiones, al joven que llega a la acción política, dinámicas que se podrían explicar como mutaciones sociales que se conciben no sólo como las transformaciones propias de los jóvenes, sino también su incidencia en el contexto. Este accionar detona la relevancia de los jóvenes como actores en la configuración de la sociedad donde viven.

Sobre ello discurre el discurso donde ordena su mundo, el mundo social, susceptible de apropiación y de interpretación, evidenciado como un proceso de socialización y subjetivación al mismo tiempo, y donde media lo imaginario.

El trabajo del imaginario, tanto en su dimensión individual como en su condición de creación colectiva de un horizonte de sentido, es un trabajo sobre los referentes simbólicos mediante el cual los sujetos satisfacen requerimientos afectivos e intelectivos: como construir un orden de sentido, hacerlo inteligible, establecer su pertenencia al mismo, afirmar su identidad a partir de ciertos referentes, a la par de ser un trabajo que posibilita una fuente de reaseguro simbólico para atenuarla incertidumbre y el miedo (Gutiérrez, 2009).

La comprensión de *las subjetividades, las intersubjetividades y trans-subjetividades* es un asunto que inscribe reflexiones bastantes complejas, pues entender a los sujetos en esos marcos de acción e interacción apunta necesariamente a las representaciones sociales. Son estos comportamientos sociales, apropiados por los actores juveniles, lo que establece un andamiaje de interacciones que pueden ser vistas en las





representaciones y prácticas sociales articuladas. “Las representaciones son conjuntos socio-cognitivos, organizados de forma específica y regidos por reglas propias funcionamiento [...] La comprensión de los mecanismos de intervención de las representaciones en las prácticas sociales supone, por tanto, que la organización interna de la representación sea conocida” (Abri, 2001).

En la perspectiva de las *representaciones juveniles* se delibera así en las interacciones de un grupo social, a partir de sus prácticas sociales; en ellas se trasluce la identificación del joven con los otros sujetos con los que interactúan, ocupan roles y evidentemente en las que se comprende una determinada visión del mundo.

Desde las esferas subjetiva, intersubjetiva y trans-subjetiva, dice Jodelet emerge una dinámica donde el sujeto representa su condición de imaginario social. Aclara Abric que no existe una realidad objetiva, pero que toda realidad es representada, apropiada por el individuo o el grupo y reconstruida en su sistema cognitivo, integrada en su sistema de valores que depende de su historia y del contexto social e ideológico que le circunda” (Abric 2001). Como él bien dice, no se trata de un reflejo de realidad, sino una organización de significantes. Por tanto y bajo estas circunstancias, para él toda representación social es sujeto y objeto al mismo tiempo.

En esta abertura se define entonces a un sujeto de estudio que tiene un carácter reflexivo particular en su concepción o como bien sugiere Jodelet, como un sujeto autogestivo que acciona en distintos sistemas sociales: “presentar al individuo como agente implica el reconocimiento en este último de un potencial de selección de sus acciones, que le permite escapar a la pasividad con respecto a las presiones o coacciones sociales, e intervenir de manera autónoma en el sistema de las relaciones sociales en tanto que detentor de sus decisiones y dueño de su acción [...] sujetos humanos cognoscentes (*knowledgeable*) y capaces de ejercer una reflexión sobre su situación y su saber “ (Jodelet 1984).





En el paradigma de este ensamblaje aparece la figura nodal del joven político, ciudadano, sujeto que acciona en una estructura para ejercer, en su facultad de ciudadanía auto-otorgada, las prácticas políticas que lo contraponen a otros sistemas pero también lo alían con grupos comunes en el marco de las culturas comunitarias. Este vínculo lleva en sí dos condiciones, la reafirmación de la identidad de un colectivo que procede y accede a la organización de sus propios protocolos de articulación, con los cuales propone el desacuerdo a otros sistemas, y que se sustenta en los común del ideal y la utopía política; y por otro lado, la desregulación de su propia identidad que se fusiona con el contacto de otras comunidades, con otros protocolos políticos que resignifican sus propios campos, quizás se entienda como la <<desidentidad>>.

Es este papel el que mira el joven, ahora devoto de la tecnología, poseedor de saberes propios y auto facultado para ejercer los cambios en de un sistema, impregnado de experiencias políticas, vivenciadas en su propio contexto, que le ayudan a la crítica y que cotidianamente conforman los paisajes de su vida social-política. Comenta García Canlini:

¿Hay que sorprenderse de que la conclusión extraída por los ciudadanos, sobre todo por los jóvenes, ante la desnacionalización de recursos estratégicos (petróleo y otras fuentes de energía, bancos y líneas aéreas, teléfonos y editoriales), la sumisión de los presidentes y los parlamentos a poderes externos, la pérdida de la credibilidad ante el sistema judicial y los medios de información, sea el escepticismo radical hacia el porvenir de la propia cultura? (García 2005)

En realidad es la construcción de una identidad generacional. “Un momento de confrontación generacional: los jóvenes comienzan una serie de conflictos que las conducen a distanciarse del mundo institucionalizado (escuela, familia, trabajo) para encontrar su propio mundo” (Garcés 2014).





La configuración de identidad de un grupo social no es estable, sus marcos y condiciones relacionales propician rasgos transitorios. Las propias tecnologías y el uso que de ella hacen los jóvenes establecen una temporalidad social con sus propias reglas sociales. Menciona Medina “asistimos a una época en que han comenzado a cambiar los códigos de reconocimiento y de convivencia que las y los jóvenes aceptan e interpelan para darle sentido a su experiencia social, lo que también puede interpretarse como una reconfiguración juvenil en la política” (Medina 2009). Pero no se trata solo de identificar el carácter del actor social, sino de las acciones que llevan consigo los grupos sociales que se asocian sobre un fin de política en común y generan acciones de comunicación que implican el quehacer político.

IV. Conclusión: primeras aproximaciones categoriales de las representaciones juveniles

Ahí están los diversos actores juveniles, antagonistas que desafían al poder con su propio poder, el saber tecnológico (poder), convierten en insurgencia los desafíos de los escenarios democráticos. Esto es, la definición de un sujeto de estudio se expone aquí, más allá de su condición de actor social, como un sujeto muy cercano a esa concepción orientada por Alain Touraine, como demandante de derechos, facultado y convocado por su conciencia para cambiar las reglas y el sistema, es decir, hablamos de un sujeto político que interactúa en un campo social determinado. De ahí que el estudio de la emoción como motor de una acción social sea un factor determinante de la representación social, tal como lo señala Jodelet. “Las representaciones, que son siempre de alguien, tienen una función expresiva. Su estudio permite acceder a los significados que los sujetos individuales o colectivos atribuyen a un objeto localizado en su entorno social y material, y examinar cómo tales significados están articulados a su sensibilidad, sus intereses, sus deseos y sus emociones, así como también al funcionamiento cognitivo “(Jodelet 1984).





Es en esta perspectiva que el fenómeno sociocultural pasa a ser reflexionado en un tejido particular, donde los conceptos de imaginario, y práctica social se tienden como un puente que articula en su estudio los espacios fronterizos de la dimensión subjetiva o interioridad del sujeto y las relaciones sociales. Un sujeto joven, pensante y actuante, convocado por sus condiciones para sentirse junto al otro. Deviene de ello categorías que explican estas relaciones y acciones juveniles:

- I. *Identidades juveniles:* Señala Néstor García Canclini que averiguar sobre lo que significa ser joven es también una pregunta de tiempo. Cuando él coloca la reflexión del ser joven como una condición de tiempo se responde a la necesidad de dar cuenta también de los cambios de una época, que son elocuentes en la vida cotidiana de los distintos sectores juveniles. Sin embargo, no se trata solo de dibujar a un actor político anónimo, sino de comprender a un sujeto poseedor de características propias. Lo instituido en las construcciones del imaginario juvenil que definen a un *Ciudadano inacabados*; en un entorno cultural dinámico se ve a un joven también mutable. Dice Medina que “lo joven” se descubre como un sujeto diverso y cambiante con capacidad de negociación ante los discursos e instituciones de un sistema (Medina 2009).

- II. *Sistemas percibidos:* La *resistencia* a las formas instituidas e institucionalizadas, el *desacuerdo* como regla de diferenciación de otras comunidades son las figuraciones o transfiguraciones que atraviesa la política como un acto que lía a los jóvenes con las instituciones y sus convenciones. La comprensión de una identidad social no puede darse sino se atiende las implicaciones o motivaciones de los contextos que lo forman en la explicación y acción de la vida social y particularmente de su papel como ciudadano político. “La existencia de un bien común sustancial, implica la idea de comunalidad, de un vínculo ético que crea un lazo entre los participantes en la asociación, lo que nos permite hablar de una





«comunidad» política, aun cuando no en el sentido más vigoroso del término. En otras palabras, lo que buscamos es una manera de acomodar las distinciones entre lo público y lo privado, entre la moral y la política, que ha sido la mayor contribución del Liberalismo a la democracia moderna, sin renunciar a la naturaleza ética de la asociación política” (Mouffe 1999). Los diversos sistemas sociales funcionan como matrices sociales de donde se toman las experiencias. Instituciones sociales como la familia, el estado, la universidad- educación, la tecnología, los medios de comunicación entre muchas otras formas investidas de institucionalidad, conforman la regulación de una vida que alerta a la actividad política, previamente constituido como un núcleo ideológico de incidencia social.

- I. *Prácticas sociales juveniles*: Theo Van Leeuwen define las prácticas sociales, en términos genérico, como “formas socialmente reguladas de hacer cosas” (Navarro, 2008). Desde aquí son acciones que se comprenden como formas discursivas propias, reglas y roles, caracterizadas en la performatividad y de poder en la mirada juvenil. En ese entramado de poder se exponen las tecnologías de las redes sociales, mecanismos que se perfilan como formas de saber que se colocan al alcance de los sujetos políticos, idealizadas como puertas de acceso al progreso.

Estas categorías sugieren y son propias para un acercamiento reflexivo a las colectividades juveniles, mismas que se tornan en retículas que explican las formas que adoptan otras categorías inherentes a las representaciones sociales como fuentes de información en las que se fundan el elemental conocimiento del mundo; las instancias de negociación de sentidos de la realidad y los lazos intersubjetivos que incorporan afectos, identidades y pertenencias.





Es importante precisar que no es una búsqueda “psicologizante” del sujeto, sino de acercarse a las estructuras sociales propiciadas en la interacción de los jóvenes, en sus lugares de expresión, en el rol social que ocupan, y evidentemente como enunciadores o portadores de significados que se interconectan en la esfera social. Ciertamente que en el ámbito de la política los nuevos códigos culturales, portadores de otras significaciones sociales, posibilitan actores sociales con perfiles propios, pero no lejanos a la disciplina o antagonismo de las instituciones.

Es trascendental señalar la concepción teórica-metodológica que brinda Abric cuando explica el *núcleo central* y los *elementos periféricos* como categorías explicativas de organización, elementos que funcionan como undoble sistema de interacción, pero que también gozan de autonomía. Las representaciones se analizan entonces en relación a los sistemas y sus funciones, más aun, en el terreno complejo de la condición juvenil, el análisis exige también una amplia reflexión sobre la naturaleza de las subjetividades; tras ellos su análisis implicaría no solo una doble identificación: del contenido y de la estructura. La apuesta es que su estudio, apunte a la condición del sujeto especialmente cuando estos parecen exigir interpretaciones y consideraciones particulares.





V. Referencias bibliográficas

- Abric, JC., (2001) Practicas sociales y Representaciones. México: PressesUniversitaires de France, (1994) /Ediciones Coyoacán S. A. de C. Versión
- Araya, S (2002). Las representaciones sociales: Ejes teóricos para su discusión. Cuaderno de ciencias Sociales No. 127.Octubre 2002. Facultad latinoamericana de ciencias Sociales (FLACSo) CostaRica: ASDI.
- Castoriadis Cornelius. La institución imaginaria de la sociedad. México: Fábula, Tusquets Editores
- Centro de investigaciones psicológicas y sociológicas de la Habana Cuba Caudales,05 publicación electrónica del 2005. Disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/cuba/cips/caudales05/Caudales/ARTICULOS/ConjuntoMarcos/CMArticulos/02Po75.htm>
- Durkheim, E (2008) Las formas elementales de la vida religiosa. México: Alianza Editorial.
- Foucault, M. (2008) Hermenéutica del sujeto. México: Ed. FCE.
- Jodelet. D. (1984). La representación social: fenómenos, conceptos y teoría. En Moscovici, S.Psicología social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemassociales. Barcelona-Buenos Aires-México: Paidós
- Garcés, Á. (2014), “Resistencia estética juvenil. Derivas masculinas y femeninas a través del hip hop”, Versión. Estudios de Comunicación y Política, núm. 33, abril, pp. 87-104, en <http://version.xoc.uam.mx/>. Bajado 15/10/2014
- García, N. (2005). Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad. Ed. Gedisa (2005). Barcelona. Impreso.
- Gutiérrez, G. (2009). Sujeto Político y acción colectiva: interpretaciones alternativas, en Hermenéutica, subjetivad y política. México: Ed. UNAM.





- León, M (2002). Representaciones sociales: actitudes, creencias, comunicación y creencia social. En: Psicología Social: Buenos Aires: Prentice Hall.
- Lizarazo, (2013). Símbolos digitales. Ed. UAM-Siglo XXI. México.
- Medina, G. (2009) “Escenas juveniles de la política”, en Cultura y poder. Perspectivas disciplinarias. México. Ed. UACM.
- Mouffe, Ch. (1999). El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical. Ed. Paidós. España.
- Navarro F. (2008). Reseña: Van Leeuwen (2008). Discourse and practice. Blog. Discurso. noticias sobre los estudios del lenguaje en uso. Argentina. 12/02/2015 <https://discurso.wordpress.com/2008/12/01/resena-van-leeuwen-2008-discourse-and-practice/>
- Ricoeur, P. (1996). Tiempo y narración III. Ed. Siglo XXI. 1996. México.